

I

—Aunque incrédulo en religión, únicamente si usted hubiera existido en tiempos de Augusto me explicaría por qué Dios se hizo hombre.

Y al halago de aquella lisonja sacrílega, en el broche perfumado de su bella boca pagana surgió un pecado capital.

Un antiguo tapiz donde el pavo real de Juno mostraba hinchado de soberbia la pompa de su policromía, nos velaba á las miradas de los contertulios reunidos en la sala. Refugiados en el balcón, la vulgaridad de aquella recepción burguesa sólo llegaba hasta nosotros en un murmullo impreciso y lejano. Cloróticas de mal gusto, desgranaban esas romanzas italianas—florituras, calderones y trinos,—martirio superlativo ideado por alguna inquisición estética. Ella sentía vergüenza de sus visitantes, comprendía mi muda opinión de la velada, y dijo, tal vez para eximirse de mi burla:

—¿Verdad que es ridículo esto?

Había al decirlo una contracción dolorosa en su bello rostro meridional. Yo sonreí. Callamos un instante é insistió, obligándome á responder:

—Yo he venido á conocer á usted, sabiendo que la música de su voz sería la única agradable de cuantas aquí oyera... Usted sabe de antiguo mi admiración hacia su persona... No, no haga mohines de hipocresía ó de duda. Algunas veces la he seguido grandes distancias sólo para dar á mi vista el festín de su contemplación. Es el suyo un tipo que no puede pasar inadvertido á quienes como yo profesan la liturgia de la forma... Otras veces he merodeado frente á esta casa, y cuando lograba verla, mi boca y mis manos tenían envidia de mis ojos...

Inclinado hacia ella, percibía el perfume exhalado por su cabellera profunda. Moría la tarde henchida de primavera laxitud. En los árboles de la plaza las flores se abrían como una iniciación erótica, y las sombras traían oculto algo desconocido, pero maléfico y nupcial. Hablábamos distraidamente, pero en nuestras frases palpitaba una emoción oculta. El cálido hipnotismo de su mirada producía en mí evocaciones sensuales, paisajes calcinados, epitalámicas visiones en tierra de pereza...

—Yo le conocía desde hace mucho tiempo— me dijo.—Le conocía... literariamente. Habíanme

prohibido leer sus novelas. He de hacerle esta confesión, y entonces... las leí... Tiene usted una fama de Lucifer tentador... Al leerlo, me desilusioné: yo creía su literatura algo más terrible.

Reímos y hube de confesarle mi temor. Cuando me agrada una mujer rehuyo siempre su trato, acordándome del pavo real. Tornamos á reír y nuestra risa tuvo notas gozosas. Fué ella quien solicitó de un amigo mi presentación. En justicia yo no era, como decían todos, un ser peligroso. Era—¿me perdona la petulancia de querer definirle en una sola frase? ¿sí?—pues era sencillamente «un artista amante de lo bello».

—Tiene usted un espíritu amplio y comprensivo. Si odio esta existencia buena y vulgar, cadena de abrumadoras repeticiones, es por no encontrarla belleza alguna. Anhele una vida, no me importa si mala ó buena, pero intensa, y estoy enamorado (no se asuste usted) de la bella inmoralidad. ¡Oh, el que inventara un pecado nuevo! ¿No es vergonzoso ese estancamiento de la Humanidad encerrada en el estrecho perímetro de siete grandes faltas?... Tal vez...

Sin ruborizarse, miróme fijamente, confesándose estar, como yo, hastiada de aquel cotidiano vivir. ¿Reduciríase nuestra misión en el mundo al cultivo de la animalidad? Hablamos largo tiempo con un raro paralelismo de opiniones. Su voz

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO HERNÁNDEZ-CATÁ"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

blanda, emitida con esa dejadez tropical que pudiera ser imagen acústica de una caricia, tenía tremolaciones extrañas al pronunciar algunas frases. Rocé por azar uno de sus flancos y todo su cuerpo vibró estremecido. Marcando la equívoca intención de mi pregunta, le interrogué:

—Elvira, ¿de qué tiene usted esas ojeras?

Eran ojeras pasionales, creyéranse las sombras de sus largas pestañas. Me respondió lánguidamente:

—De soñar mucho.

Jamás como aquella tarde he sentido la inmensa sutileza de mis nervios. Elvira poseía el secreto al cual era sumisa mi sangre: hasta sus casi imperceptibles movimientos produjéronme sensaciones nuevas. Sin gradación, prescindiendo de preliminares enojosos, llegamos á hablar de todas esas cosas prohibidas que tienen la atracción grata de los dulces pecados: «Ella había soñado con una vida fastuosa, una fiesta pródiga en goces, aunque de exigua duración». «Su ideal sería realizar junto á un hombre querido el milagro del espíritu y de la carne... ¿Conoce usted el *Canto á la vida* de Gabriel D'Annunzio? ¿Algo así sin ser eso mismo?» Hacia detrás, nuestras sombras se proyectaban enlazadas por las cabezas y por las manos. La luz, desvirtuada

por un cristal bermejo, ponía un fingido rubor en la nitidez de su descote, donde los dos hemisferios del Amor insinuaban su soberbia blanca. Algo ignominado y eléctrico era viajero incansable entre nosotros. Una voz pronunció nuestros nombres, y antes de acudir al llamamiento, yo la atraje lentamente hacia mí, gozándome en su proximidad despaciosa, graduando sabio la delectación, como un descendiente de Sade, y con un beso húmedo y movible comenzado en la nuca, hice pasar un calofrío voluptuoso á lo largo de su espina dorsal...

En la sala se había notado nuestra ausencia. Un emisario de las señoras llegó á buscarnos, y trayendo por pavés el deseo de oír á Elvira tocar algo en el piano. Si aquel hombre hubiese hablado mal de un libro mío—los escritores no perdonamos eso nunca,—creo no llegara á ser tanta mi antipatía hacia él. Era un industrial retirado; persona rica, muy religiosa y amigo de lo estatuido. Cada vez que se nombraba á Dios, persignábase devotamente.

Tocó para complacer á los peticionarios con aristocrática displicencia, algunos fragmentos de música barata. D. Eduardo llevaba con movimientos regulares de su intonsa cabeza el ritmo de las melodías. Cuando eran terminadas, repetía varias veces la frase «Muy bien», con el

mismo gesto que adoptaba para persignarse cuando escuchaba el nombre de Dios.

Luego se dedicó á darme consejos literarios: «Debía escribir obras morales; así me vería favorecido por la divina inspiración». Y en dos ocasiones hubo de impedirme, con su asiduidad, reanudar mi conversación con Elvira. Aquel hombre daba la sensación de un obstáculo.

Una voz benéfica, vino á libertarme de su yugo:

—D. Eduardo, ¿hace usted el favor?...

Se alejó, y entonces pude acercarme á Elvira.

—¿Me guarda usted rencor?

—Debiera guardárselo.

—¿Quiere usted tocar algo para mí?

Sonriendo—aún ignoro qué extraña similitud tenía con el crepúsculo su sonrisa—puso en el atril un voluminoso cuaderno guardador del tesoro musical de Beethoven. Comenzamos á hojearlo expertamente, deteniéndonos en la número 14 de sus sonatas, y ella insinuó con delicadeza sentimental los primeros compases, mientras en la sala se alzaban descorteses conversaciones. Sus dedos eran una nota de suave blancura sobre el brillo frío y óseo del teclado; parecían no oprimirlo apenas. El «adagio» se desarrollaba lento, con serenidad dolorosa, magnificado por exquisiteces de ejecución. La melodía avan-

zaba plañidera, interrumpida á veces por un trémolo sollozante, nimbándonos con onda de suprema melancolía. Repetíase el motivo de vez en vez, al igual que en nuestra alma se repite el temor de una dicha fallida ó el recuerdo punzante de felicidades remotas. Era un claro de luna, pleno de misterio de dolor y de languidez, y Elvira sufría interpretándolo. Su cuerpo temblaba, frunciábase su boca en un rictus cruel: parecía simbolizar el deseo de una perfección imposible. Yo, junto á ella, volvía las páginas. Al inclinarme, su nariz dilatada y sus ojos agrandados por humedad brillante, me producían no sé si grata ó dolorosa inquietud. Por fin la melodía desfalleció, se fué extinguiendo hasta expirar en un momento imprecisable. Me miró sin lograr hacer alegre una sonrisa. Estábamos tan próximos, qué sobre mi cara su aliento de enervante perfume era sahumero que, disipando la bruma de sentimentalismo, suscitada por el viejo sordo, coloso del genio y de la adversidad, traía á mi mente visiones paganas de la gran época fabulosa en que la religión cristiana no había hecho pecado del placer, y en que los dioses, bellos y fuertes, descendían á la tierra, para vivir con sus adoradores y hacerse devocionar por su poder y por su hermosura.

La excitación puso un tono rosáceo en la ter-

sura de su carne. Sus labios estaban secos, sus ojos llenos de amorosos presagios. Desde entonces, siempre que he querido hallar el superlativo del rojo y del negro, el recuerdo de sus ojos y de sus labios en aquella tarde ha satisfecho mi investigación. Con la voz extenuada, cual después de una labor ruda, pidióme dispensa para las faltas.

—La ha dicho usted *personalmente*; ha colaborado usted con Beethoven.

—Gracias... Nunca la había expresado así.

Me hube de convencer de la consciencia de D. Eduardo. Tornó apenas pudo desasirse del grupo que le retenía, y con malévola habilidad toda la noche fué barrera entre nosotros. Logramos una vez reunirnos prosiguiendo el interrumpido coloquio. Entonces él, desde el otro extremo de la estancia, preguntó á Elvira en alta voz:

—¿Está el militar de servicio?

Ella sin inmutarse repuso:

—Hoy, sí.

Y luego, también en voz alta, con un desenfado admirable:

—¡Ah! Que al señor Naradel no se lo hemos participado aún... Señor Naradel, le notifico á usted mi matrimonio. Me caso la semana próxima.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1825 MONTERREY, MEXICO

II

Recibí su participación de enlace, y dos meses después dióme la prensa la noticia de su regreso. El recuerdo de la tarde transcurrida á su lado venía frecuente á mí, en esas horas amables dedicadas á revivir lo extinto.

Una noche, estando en un teatro, cayó un guante cerca de mi butaca. Alcé la vista hasta el palco de donde cayera y la vi junto á su marido, á quien los oros de su uniforme delataron. Mostrábase supremamente hermosa. Sonrió sin saludarme y siempre que sus gemelos escrutaron la sala, tuvieron una pausa al hallarse en mi dirección. Al finalizar el espectáculo se alejó enlazada á su marido, no sin volver furtiva el rostro, con una insinuación que mi escasa vanidad no quiso juzgar consciente. Fué el instinto quien me guió al mismo teatro la séptima noche después. Algome hacía adivinarla allí y en este hecho, donde las ocultas ciencias tuvieron una comprobación, no puse al servicio de mi presentimiento ni

cálculos aproximados ni agrupaciones cronológicas. Casi toda la representación estuvo muy seria, atenta á la farsa, haciéndome sentir odio hacia aquellos personajes ficticios adueñados de su atención. Sólo al final requirió los gemelos, sonriendo luminosamente. Salieron, y los escolté á larga distancia. Paseé ante su casa más de una hora. Si no sale al llegar allí, me marché—pensaba y después de llegar, volvía á señalarme nuevas metas, sin decidirme. Ya lo estaba, cuando en lo alto abrióse un balcón con sigilo; albeó en la sombra una mano, sólo una mano, y cayeron de ella algunos papeles que revoloteando se separaron, juntáronse luego y al fin tornaron á separarse antes de caer en tierra. Los fuí recogiendo uno á uno. Eran recortes de todos mis artículos publicados durante su viaje.

Comenzaba el estío, cuando una mañana recibí, entre otras, una carta redactada así: «Mañana salgo sola para Ginarona. Pasaré allí todo el verano... Salir juntos desde aquí sería expuesto, pues él ha de acompañarme á la estación». Ni un momento creí que se tratase de una burla. ¿Por qué la idea que hubiese acudido rápida en cualquier otra ocasión, estuvo primero reacia y después francamente rebelde en aquélla? No lo sé. Sabía de quién era la carta poseedora de todos los sortilegios precisos para cautivar un

alma, cual la mía, enamorada de lo imprevisto. Leyéndola, saboreé otra vez el recuerdo aromado con el perfume de su cabellera profunda; sentí la misma deleitosa inquietud sufrida y gozada á su lado. Ante mi vista extendióse incitador el paisaje donde habían de hacerse realidad mis ensueños voluptuosos. Crecía en él una flora gigantesca por entre cuya umbría modulaba el viento frases epitalámicas. Pero el peligro anejo á la aventura contrarrestaba el deseo de mi espíritu nómada, feliz con la inseguridad, errático en amor, en creencias y en comarcas. Cien veces decidí ir y cien veces volvíme de la decisión. Los trenes salían por la mañana, con cortos intervalos. Y como último esfuerzo, como un pretexto para no confesarme la atrofia de mi volición, retorné al «bar» donde habitualmente teníamos la tertulia: gente bohemia y viciosa, artistas parlanchines, perezosos, borrachos y discutidores. Quizás, como otras veces, se iniciase una controversia animada por los licores y pasase en ella el tiempo, y al amanecer, extenuado, me impidiese el sueño llevar á término la matinal aventura. En esto confiaba mi razón. Mi razón ha sido siempre harto confiada.

Me disponía á sentarme solo, cuando de un numeroso grupo surgió una voz amiga y cortés:

—Señor Naradel, buenas noches.

—¡Hola, don Sandalio! ¿Y por su casa?

D. Sandalio era un concejal conocido no recuerdo dónde; hombre bonachón, de gran sentido práctico. Quejábase á menudo de las contradicciones inherentes á la concejalía, pero se había hecho reelegir á costa de grandes chanchullos, y ahora no paseaba sino en coche por las calles que tantas veces anduviera á pie, antes de hallarse en posesión del enojoso cargo de administrador provincial. Todas las noches se reunía allí con otros compañeros de concejo, y ésta hallábanse entretenidos en emborrachar á un joven pálido, ojeroso, de lamentable aspecto enfermizo. Muchacho de excepcional talento, pero anulado por la vida azarosa y por el abuso del alcohol. Arrastraba una existencia nómada, casi incomprensible. Su estancia en las casas de huéspedes era siempre corta; comía muy poco y no rehusaba ningún rebajamiento si, como premio á él, obtenía una inyección de morfina ó una copa de cualquier licor. Vivía milagrosamente, sin preocuparse del mañana, adormidos los pruritos batalladores, profesando una amable filosofía escéptica cuya forma gráfica era la irónica sonrisa que á menudo plegaba sus labios. Egotista convencido de la inutilidad del esfuerzo, habíase encastillado en su *torre de marfil* y desde ella lanzaba invectivas sagitales á todas las cosas

preceptuadas. Los ediles hacían fiesta de su conversación y cual duchos administradores pagaban á escote los gastos del bohemio.

—Este «bar» se está poniendo irresistible: parece la tenencia de alcaldía del distrito.

Reían en lugar de enfadarse, y escanciaban cognac en la copa de Raúl, para hacer más expeditiva su charla.

—Las personas decentes nos trasladaremos á otro. Esto quedará para centro de curas y de militares.

Un caballero alto, seco, de intensa palidez ce-trina se puso en pie y encarándose con el maldiciente, le dijo colérico:

—Oiga usted. ¿Á qué viene eso de los militares?

—Ya está la bilis del comandante Alonso—in-sinuó alguien de la reunión.

Y Giner, sin inmutarse, luego de paladear con delectación un nuevo sorbo, puso en el interruptor su borrosa mirada triste. Después contestó irónicamente:

—Yo soy antimilitarista ¿sabe usted? con el mismo derecho con que usted ha sido comandante de la remonta.

Las gentes prorrumpieron en una carcajada unánime, y hasta dos ingleses sentados en el rincón lejano volvieron gravemente las cabezas.

—El mayor de nuestros estigmas es glorificarnos de ser descendientes del Cid... (Yo lo he negado siempre...) Rodrigo de Vivar era un mozo de cuerda belicoso; un hombre muy bruto, nada más que muy bruto, y de toda su bárbara epopeya bestial sólo nos resta un recuerdo plácido aromado de poesía infinita: la figura triste, soñadora y abandonada de Jimena es más interesante que todas las «fazañas» de su esposo. ¿No le parece á usted, don Sandalio?

—¡Ja, ja, ja!...

—Eso es una majadería.

—Así se ve la patria como se ve.

—Usted también es de los que regeneran la patria... desde aquí. Pero no hay que discutir por esto. Cada uno viene á este delicioso mundo, con un fin: usted ha venido á él para echar de menos los brazos de la Venus de Milo, y yo para creer á las naciones militaristas como un inmenso garito donde han uniformado á los matones, que no siempre resultan valerosos.

Hubo un murmullo de protesta. Raúl continuó:

—Yo, un poco antimilitarista y algo indiferente á esas cuestiones que tanto apasionan al honrado vulgo municipal, hallo á España el defecto de leer diariamente su historia y de querer continuarla. No tenemos la sinceridad ni el valor de laborar en otro sentido, haciéndonos una histo-

ria nueva; no tenemos el buen gusto de volver á Triptolemo los ojos, convencidos de que Marte es un dios feo y falaz. En nuestro pasado, sólo son páginas gloriosas las inmortales del siglo de oro y el casual descubrimiento de América á la sombra del morado pendón. Luego... la Inquisición, el triunfal paseo de San Dimas—antes de arrepentirse—por el imperio de los Incas, el encubrimiento de generales y gobernadores rapaces y la inicua expulsión de los moros y de los judíos: razas laboriosas que han dejado en nuestro suelo la huella de su superioridad... ¡Oh israelitas perseguidos, poetas supremos que plenos de perenne esperanza aguardáis, con la flor verde del optimismo fragante en vuestros labios, el advenimiento de un rededor! ¡Oh moros melancólicos que aún cantáis al Sol y conserváis aún las llaves de vuestros lugares de Granada... yo voy en un brindis genial á enaltecer vuestra memoria ante los ediles del Ayuntamiento!...

Levantó temblorosamente la copa, apurándola con estremecimientos de sibarita. En tanto, mi espíritu vagaba lejos de allí; aquellas polémicas no me interesaban como otras veces. Tenían menos importancia el decaimiento patrio y el honor de todas las razas ancestrales que la carta adorablemente impúdica, que de tiempo en tiempo palpaba mi diestra, para convencerse de su realidad.

El señor Alonso, desentendiendo innúmeras exhortaciones, quiso significar su protesta yendo á sentarse con otros dos compañeros suyos, atareados en discutir el acierto estratégico de los ejércitos ruso y japonés. Para facilitar sus explicaciones, simbolizaban en las cucharillas, en los platillos y en las copas los más importantes lugares, buques y caudillos de la contienda.

Don Sandalio tenía aspiraciones burocráticas, y en mala hora ocurriósele conceder el mérito superlativo al artista cuya labor le rindiese lucro más pingüe. La cólera de Raúl estalló violenta:

—¡Oh aspiración! Tampoco, afortunadamente, las grandes quimeras del desear están al alcance de todos. Yo tengo un deseo único: un viaje...

Gustó con lentitud sabia otra libación; reclinóse indolente, dejando vagar por el techo su mirada sin brillo. Todos atendieron.

—...Un supremo viaje... Primero á Grecia, á la divina evocadora perla del Jónico. En la inmortal Atenas, restaurar el culto de la diosa, y amar á Fidias y Praxíteles y á Scopas y á Mirón y á Alcámene. Añorar allí la edad gloriosa donde triunfaron Aspasia y Lais; difundir mi espíritu en aquel cielo azul que cobijó tanta maravilla. Y venerar la pasada pasión en Lesbos y en Mielheto la pasada geórgica...

Luego marchar á Italia. ¡Oh, Italia! Sentirse católico en Roma bajo la formidable amenaza de Miguel Ángel y el insinuante misticismo sensual de Rafael de Urbino. Rezar por los Médicis; recordar á los Borgias; adorar á Donatello en Pádua, á Fra-Angélico en Fierence. Pasear por la nostálgica entoldada Bologna. ¡Amar toda una noche en un claro de luna de Venecia, deslizándose la pasión á lo largo del plateado canal y poniendo acentos voluptuosos en las canciones de los gondoleros. Luego extasiarse ante Tintoretto, Guido Reni, Alfieri, los Pozzi, Andrea de Sarto, Durero y Boticelli, en Perugia, en Módena, en Éboli, en Salurzo, en Milano y en Génova... Titularse príncipe de un imperio ideal en Monte-Carlo, y ganar un millón á una bella dama intrigante, para dárselo después por un beso... Más tarde á París... Á emborracharse con ajenjo en una taberna alejada de los boulevares, rodeado por la prez del talento y del vicio; gustando perversidades esotéricas y refiriendo cosas extraordinarias que no sucedieron; proclamando el triunfo de las melenas y de las pipas, y arrancando al arpa nerviosa nuevos sonidos, sin temor de saltarle las cuerdas... ¡Ah!... Y toda esta intensa correría teniendo á mi lado una mujer hermosa que se supiera dar bellamente, aristocráticamente, sin brutalidades, y que cual *Li-*

geia pudiera amar con un amor más que femenino... ¡Ay!...

Y luego de la larga creación, como si efectivamente hubiera recorrido á pie el dislocado, inmenso itinerario, quedóse un rato extenuado, silencioso. Sobre el pecho hundido, la pomposa chalina bohemia delataba el fatigoso jadear.

El auditorio comenzaba á aburrirse. En mí la última aspiración de Giner, aquella mujer ideal, produjo un galvanismo doloroso. La mujer casi utópica, ambición de los más avaros, era Elvira. ¡Y yo titubeaba!

Raúl Giner estaba muy soso. Sus borracheras eruditas eran temibles para los concejales, quienes fueron despidiéndose con corteses intervalos. D. Sandalío, al salir, ofreció á Raúl:

—¿Quiere que le deje pagado un bocadillo?

—Preferiría mejor otra copa.

—Es usted un ser incorregible. Profesa demasiada afición á la bohemia.

—¿Á la bohemia? Está usted en un error. Precisamente entre mis grandes proyectos figura el de desenterrar y profanar el cadáver de Murger.

En la mesa contigua seguían discutiendo los estrategias. El Sr. Alonso había entrado de lleno en la cuestión y gritaba descompasadamente:

—Si yo hubiera sido Kuropatkine, Kuroki no me mata ni un solo hombre en Lio-Yang.

Entró una gitana, llevando despatarrado sobre la cadera siniestra un niño, y se acercó á pedirles limosna.

—*Pal churumbel, señó. Man que no sea ma q'una perrriya.*

Proseguía el teórico Alejandro:

—Aquí el primer cuerpo de ejército (un terrón de azúcar); por este camino, el grueso japonés (dos servilletas); y aquí ¿eh? Kuroki (medio bizcocho).

—*No sea usté roña. Pal chorrel q'está esmirriaito...*

Comprendiendo el Sr. Alonso que aquellas interrupciones comprometían el éxito de la batalla, con una interjección soez alejó de allí á la mendicante.

—¡Ay! Vaya un *payo* ma generoso. No arruinará á tu familia, *hiho*. *Premita er Señó* que cuando *güerva d'un viaje mu largo, t'encuentre á tu mujé en sinta...* y que sean *do meyiso!*

Aproximóse á otra mesa, y como tampoco hicieran aprecio de los ensalmos y embelecocos sibilinos en que son tan diestros los de su raza, se alejó zarandeando garbosamente al chicuelo y profiriendo malélicas plegarias votivas. La polieromía pintoresca de su vestido fué de tonación alegre sobre el fondo adusto, de severas tonalidades, y su figura rítmica, al desaparecer

tras la puerta, dejó en el ambiente, enrarecido por el humo y por las emanaciones alcohólicas, una tibia fragancia sensual.

Solo con Raúl, le llevé á una taberna, y allí estuvimos hasta que una tenue claridad azulosa hizo perceptibles las rendijas de las ventanas. Entonces despedíme de él, enviando un recadero á recoger el saco de noche, ya de antemano preparado. Tomé pasaje, y pronto estuve alejado dos estaciones de la capital. Paseando, esperé poseído de impaciencia. Al fin, una sierpe de humo, extendiéndose encima de la umbría, dijo la proximidad del tren, que apareció en una meseta, moviéndose con una lentitud ilusoria que tenía algo de femenino. Otra vez fué oculta á nuestras miradas y otra vez hizose visible para entrar y detenerse con estrépito férreo y retumbante. Miré. En un coche, era la trémula candidez de un pañuelo discreta señal. Ascendí, y el convoy tornó á turbar con el ferruginoso trepidar de su marcha la paz campesina de aquella mañana de estío.

III

No hubo frases justificativas ni hipócritas protestas encaminadas á buscar nombre inocente á nuestra acción. Presidió el encuentro una inmoralidad admirable. Los dos nos mostramos gallardamente cínicos para no cercenar encanto á la falta. En aquel idilio raudo gustamos toda la gama del placer. Tuvimos un beso para cada uno de los lugares propicios; un contacto para cada una de las veredas solitarias, donde la Naturaleza parecía ofrecer su complicidad á nuestros amores. Su impudicia traía á mi carne singular deleite, mezclado con algo de tortura. Me dió, con el goce de su posesión, el de sentirme á la vez poseído. Compleja y complicada, ofrecióseme en su belleza multiforme, consiguiendo que su última manera de darse y de adueñarse de mí me pareciese la más perfecta. Rara beldad armada de contradictorios encantos. Tuvo arrobos místicos, accesos de furor sensual, languideces, idealidades, insinuaciones perversas; contrición